

El del Ronzal continuó su marcha y llegó á otra puerta; empujó con precaución y vió otra pareja. Eran Ruperto y la cuñada civil; él dormido como un bendito, y ella sentada en la cama y con las manos



en la cabeza, quejándose de iaqueca en una romanza solitaria.

—¡La infame!  
¡la pró-

fuga! ¡la esposa de dos maridos!

Ni siquiera hizo aprecio de la llegada de Caralampio, quien, ya desesperado, marchaba dificultosamente, abrumado por el peso de su conciencia. Porque en aquel momento pensaba en Blasa; pero ya era tarde.

—Y ahora, ¿cómo regreso á mi habitación y cómo pido auxilio? ¿Quién me mete á mí en aventuras? ¿Pero qué casa es esta?

Cuando se levantó la primera persona de la casa, que fué una muchacha andaluza, muy buena moza y muy ligera de ropa, se tropezó en un pasillo con Caralampio, bañándose en su propia tinta.

—¿Qué es esto? ¡Jesús, que se ha reventao este hombre!

Tuvieron que lavarle como á un niño chico.

Todos estos cuidados le costaron el dinero.

\*  
\*\*

Cuando regresó á su pueblo, notó que se había desprendido de cuatro mil reales.

—¿En qué has gastado el dinero?—le preguntaba furiosa la alcaldesa.

—Pues estuve á ver al ministro—respondía él.

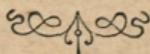
—¿Pero en qué?—volvía á preguntar la sorda.

—Pues estuve á ver al ministro...

¡Las *bofetás* que llevó el pobre Caralampio en el lecho conyugal la primera noche!...



Desde entonces juró no volver á Madrid ni en Semana Santa.







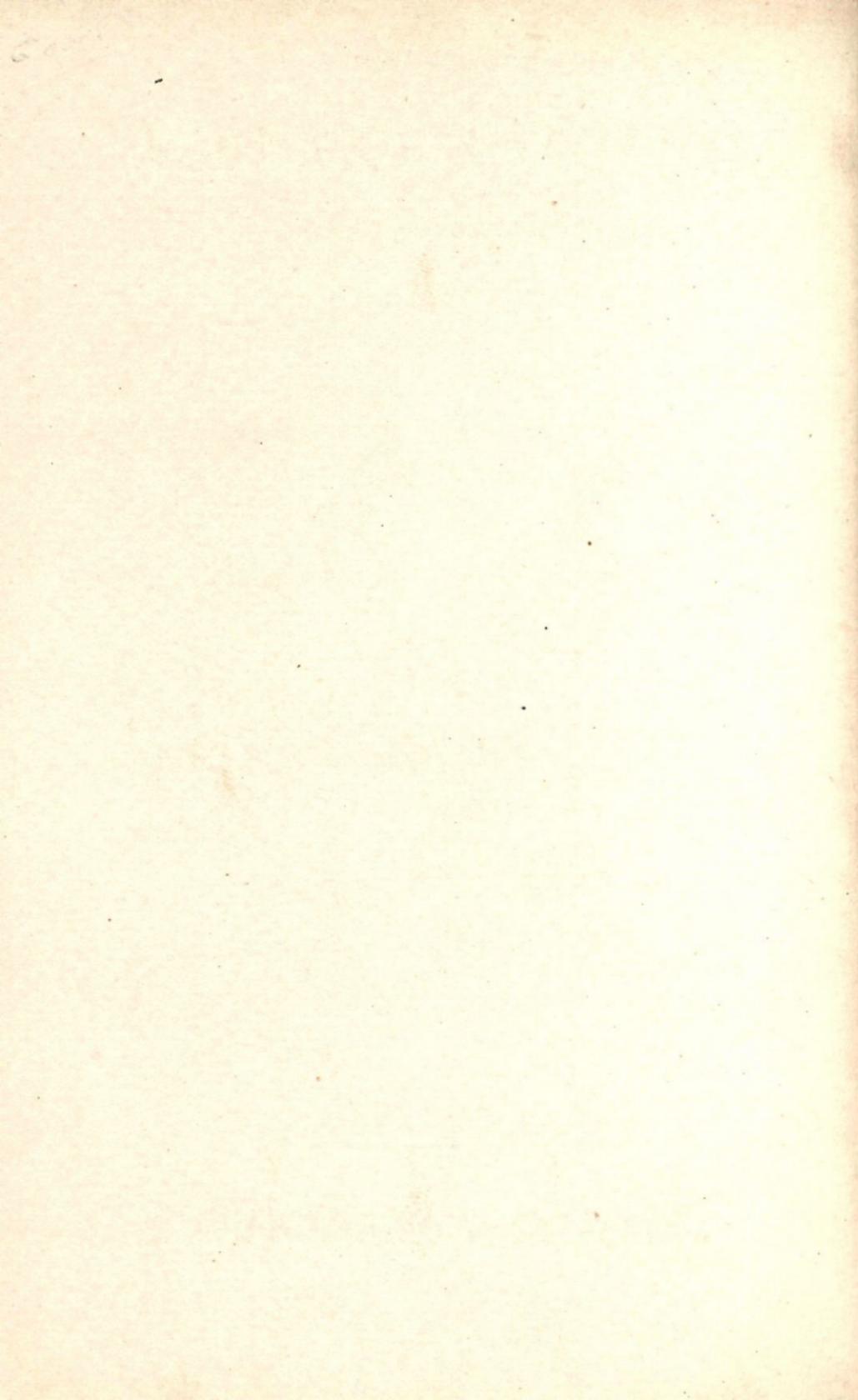
LOS PEDIDOS AL  
**KIOSCO NACIONAL**

PLAZA DE PONTEJOS



**PRECIO**  
CINCUENTA CÉNTIMOS









1023596

